

Fantasías y fantasmas

¡Volved, poetas malditos!

Desde las *Iluminaciones en la sombra* de Alejandro Sawa

Fernando Morlanes Remiro

Si nuestro ciego y olvidado Sawa es capaz de rebelarse y mantener su dignidad ante la miseria, qué no seremos capaces de hacer nosotros si perdemos el miedo.

*...y estos malditos se van, multitud que siempre crece
de tenebrosos fantasmas, a la puerta de los ricos.*

Arthur Rimbaud; “El Herrero”.

“ La calle se ha convertido en un territorio inhóspito y desagradable en donde nos consume la miseria o nos consumimos nosotros mismos al vernos tan cobardes y tan esclavos.

”

¡...Y es que no puede uno dejar de acordarse de la *Revolución francesa!* Porque cuando sale a la calle “a la hora violeta” —cuando T.S. Eliot regresa al hogar tras visitar sus *Tierras baldías*—, aunque pueda hacerlo con fuerzas renovadas, con firmes propósitos de “ser bueno, ser inteligente y ser fuerte” —del mismo modo que el olvidado Sawa comenzaba sus *Iluminaciones en la sombra*—, aunque pueda hacerlo, es la tarde la que apaga sus fuegos en nuestros pechos y los deja fríos. Y hoy nos faltan fuerzas para gritar: “¡A la calle, a la batalla, a luchar con fantasmas!”, para seguir esa llamada del escritor sevillano, griego y ciego que inmortalizó Valle-Inclán en su

más trágico esperpento.

Qué mejor muestra de fantasía que esa “iluminación” que surge del interior del artista para barrer las sombras que rodean al ciego. Hoy he venido a vindicar la vigencia de las *Iluminaciones en la sombra* que nos legó el buen Sawa. Esa luz que encontró en París a donde viajó para, entre otras cosas, conocer a Victor Hugo (a quien estrechó la mano) y donde acabó bebiéndose la noche rodeado de toda la *troupe* de poetas simbolistas (Verlaine le regaló un soneto) y regresó a Madrid cargado de emociones, renegando de su obra anterior. Trajo noticias de la bohemia desde la bohemia. Lo mismo que harán mañana



tantos artistas condenados al exilio o a la miseria (igual que Sawa. Lo mismo que Sawa). Ese paralelismo de épocas, esa nietzscheana repetición interminable del tiempo, la encontramos claramente documentada con las “iconografías” que descubrimos en las mágicas “iluminaciones” de nuestro bate andaluz (y aún más dolientes en su novela, casi biográfica, *Declaración de un vencido*).

“ En la España de la alternancia, oligárquica y caciquil, los pobres deambulan como espectros perdidos por las calles de Madrid. ”

Por ello, cuando hoy sale uno a la calle debe acordarse de dejar el corazón a buen recaudo, bien abrigado en el hogar. La calle se ha convertido en un territorio inhóspito y desagradable en donde nos consume la miseria o nos consumimos nosotros mismos al vernos tan cobardes y esclavos, tan sin fuerzas para reaccionar debidamente. Apartados como estamos de esas clases (o como quiera que ahora se llamen) tan glamurosas y estultas que ven necesario e insalvable el sacrificio de los demás, para que ellos puedan seguir disfrutando, y teniendo que escuchar a cada momento sus comentarios estrambóticos y despectivos (algo así como nuevas *mariantonietas*: “si no tienen pan, que coman pasteles”) que nos dejan petrificados, sin reacción posible.

En 1890, huyó Sawa de la miseria española hasta las luminosas noches de París, para regresar (hacia 1896) a las tenebrosas y sombrías noches de Madrid. Dejó un país quejoso y arruinado, a punto de perder las últimas colonias, y lo cambió por otro que vivía el esplendoroso surgimiento de sus

poderes financieros, de su poder colonial, solo ensombrecido por las miserables condiciones de vida de sus trabajadores que, no obstante, fueron entonces ganando el derecho de acceso a la educación. Así, pudo comprobar que el sistema cuando está en crisis o cuando está creciendo y ganando esplendor carece de corazón, desprecia la ética, el pensamiento, el arte, la cultura. Todo esto sabe nuestro buen Sawa y lo plasma en sus *Iluminaciones en la sombra*.

Allí encontramos capítulos escritos con rabia hacia quienes despreciaron a Baudelaire, a Edgar Alan Poe, a Musset y a tantos otros que olvidados, abandonados, repudiados, señalados, murieron en soledad, apenas escoltados por una decena de amigos en su sepelio. Llegó a tiempo de comprobar que los mismos que les denostaron pedían honores cuando el mundo ya les había reconocido. Ante tanta hipocresía, la vida en París adquiriría una luz especial en los cafés frecuentados por la bohemia, por los poetas simbolistas, artistas, vividores y granujas. Solo allí se podía ser feliz porque prevalecía el lema que George Sand sacudía contra la burguesía: “Ellos dejan que nos divirtamos sin ellos; dejémosles que se aburran sin nosotros”. Y qué decir de las inolvidables comidas de *La plume* que organizaba Léon Deschamps, Sawa asistía de la mano de su amigo Verlaine.

Pero no creáis que en *Iluminaciones en la sombra* van a prevalecer las luces y las fiestas. No. Allí prevalece el dolor y la indignación. Ese dolor y esa indignación de la que hoy debería hacer gala nuestra intelectualidad, nuestros artistas y escritores consagrados o no (me refiero a esos que solo piensan en el estado de sus ventas), que llegan a consentir que un esperpéntico personajillo disfrazado con el título de director de periódico suplante a Zola, robándole todo brillo a su

famoso “Yo acuso”. Esos magos, prestidigitadores, doctrinarios del buen uso y las buenas costumbres, siempre aparentando virtud (salvo algún desliz descontrolado), siempre serenos (o casi siempre), no son de fiar. “Sepulcros blanqueados” los llamó Sawa, porque así los llamó Cristo. Hay que separarse de ellos. Baudelaire indicó el camino: “Es la hora de embriagarse, embriagaos a cualquier hora (...); pero cuidado de permanecer siempre ebrios”. Y así es como se separa la bohemia de la vida ordenada. En eso nos diferenciamos hoy, porque muchos de nuestros artistas, de nuestros escritores, de nuestros pensadores, repudian a los poetas malditos y viven amparados por el poder o defienden su vida profesional o, prioritariamente, llevan una vida normal y, ya digo, miran con malos ojos a los músicos del metro, a los pintores de mercadillo, a los rapsodas de cantina que, por supuesto, todavía existen, pero que no son nadie.

Sin embargo, Alejandro Sawa no se detuvo en la marginalidad bohemia, porque no quería conturbar su espíritu “con horrendas visiones de miseria” que solo producían dolor. Desde el dolor, combatía en la batalla del bien contra el mal convencido del nacimiento de la aurora libertaria, siempre al lado de los desheredados. Este “*poor Alex*” (así le nombra Rubén Darío) da forma a su estética persiguiendo un solo objetivo: vencer el dolor. Únicamente tras la pérdida del dolor será posible alcanzar esa belleza azul que tanto quiere.

Pero en París, aunque vive el dolor lo hace como si asistiese a una fiesta. La rebelión de la bohemia le convierte en un ser digno. No ocurre lo mismo en Madrid. En España, a punto de perder sus colonias, una niebla gris y pesada cubre los corazones de quienes debieron rebelarse. Y vive días oscuros, ciegos, repletos de fantasmas y de voces que no le dejan “ser

bueno, ser inteligente y ser fuerte”.

En la España de la alternancia, oligárquica y caciquil, los pobres deambulan como espectros perdidos por las calles de Madrid, no hay trabajo, aumenta la mendicidad, los desahucios están “al cabo de la calle”, igual que hoy, igual que hoy. Solo que entonces, el poder se esforzaba en no dar una imagen tan deshumanizada como ahora. Sawa nos relata cómo al pasar por la calle Manzana ve un amontonamiento confuso de muebles, restos de un desahucio, vigilados por la policía; al paso de los días seguían allí los muebles y la policía. Hoy, cuando desahucian, sacan de la vivienda a los hasta entonces propietarios y lo que queda dentro, dentro queda. Ahora no lo hacen porque están más preocupados por el escaparate, por la imagen, e igual que no consienten muebles en la vía pública, tampoco permiten que nadie muera de hambre allí —mucho menos si acaban de celebrar una fiesta caritativa—. Pero que conste que no es porque les importe.

En fin, que lo que quería contar se me escabulle entre los dedos. Estas iluminaciones en la sombra me han llenado la cabeza de fantasías y he pensado que aquellos poetas malditos que se divertían sin las gentes de orden harían un buen papel en nuestros días, porque los ciudadanos ejemplares de hoy (colocados ya por encima de la clase media) no pueden escabullirse e ignorar a sus fantasmas. Claro, quienes como Alejandro Sawa queremos encontrar nuestra belleza azul no podemos seguir arrastrando ese dolor que pertenece a otros, a quienes nos desprecian para hacernos sufrir. Debemos devolverles lo que les pertenece, ese dolor. A veces es necesario hacerlo así, aunque sea políticamente incorrecto. Hay que ir pues a llamar a las puertas de los ricos, como escribió Rimbaud, presentarnos como sus fantasmas y mirarles a los ojos con una interrogación enorme.